

## JUAN 7,37-52

### TEXTO

«<sup>37</sup>El último día de la fiesta, el [día] grande, **Jesús se puso en pie y gritó diciendo**: “Cualquiera que tenga sed venga a mí y que beba, <sup>38</sup>el que cree en mí. Como dijo la Escritura: ‘De su seno correrán ríos de agua viva’”.

<sup>39</sup>(Pero esto dijo sobre el Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él; porque aún no había Espíritu, porque **Jesús** no había sido glorificado todavía).

<sup>40</sup>Así que al oír estas palabras, **algunos de entre la muchedumbre** decían: “**Éste** es verdaderamente **el profeta**”.

<sup>41</sup>**Otros** decían: “**Éste** es **el Cristo**”.

Pero **otros** decían: “¿Pues de Galilea viene **el Cristo**? <sup>42</sup>¿No dijo la Escritura que **el Cristo** viene de la estirpe de David y [procede] de Belén, la ciudad donde estaba David?”.

<sup>43</sup>Así que aconteció una división entre **la muchedumbre** por causa de **él**.

<sup>44</sup>Pero algunos querían detenerlo, pero nadie puso las manos sobre **él**.

<sup>45</sup>Así que **los guardias** volvieron junto a **los sumos sacerdotes y los fariseos**, y éstos les dijeron: “¿Por qué no **lo** habéis traído?”.

<sup>46</sup>Respondieron **los guardias**: “Nunca habló nadie igual”.

<sup>47</sup>Así que les respondieron **los fariseos**: “¿También vosotros habéis sido embaucados? <sup>48</sup>¿Acaso alguien de las autoridades o de los fariseos ha creído en él? <sup>49</sup>Pero **esta muchedumbre** que no conoce la ley son unos malditos”.

<sup>50</sup>Les dice **Nicodemo**, quien había ido a **él** anteriormente, y que era uno de ellos: <sup>51</sup>“¿Acaso nuestra ley juzga a la gente sin que la escuche primero para saber lo que han hecho?”.

<sup>52</sup>Respondieron y le dijeron: “¿También tú eres de Galilea? Estudia y verás que **ningún profeta es levantado** de Galilea”».

### COMENTARIO

.- **El último día de la fiesta (7,37-8,59): Estructura.** Hay tres secciones principales en el relato que recoge los acontecimientos que tienen lugar en el templo durante «el último día de la fiesta» (v. 37):

- 1) 7,37-52: La propia revelación de Jesús como el agua viva conduce a una división entre «el pueblo» y los fariseos.
- 2) 8,12-30: La propia revelación de Jesús como «la luz del mundo» y las consecuencias, positivas y negativas, de su presencia reveladora.
- 3) 8,31-59: Jesús y «los judíos» entran en un conflicto irresoluble y enconadas acusaciones sobre sus orígenes respectivos.

La densidad del argumento se incrementa cuando Jesús y «los judíos» se encierran en una dura acusación y contra acusación.

.- **Jesús, «el pueblo» y los dirigentes (7,37-52):** El día octavo de la fiesta, el último, era similar a un sábado (cf. Lv 22,33-34). Era un día de gran alegría y se proseguía con el canto del Hallel. La utilización litúrgica del agua y la luz, sin embargo, cesaba el día séptimo. En ese día, cuando aquellos símbolos ya se habían eliminado de la ceremonia, Jesús se puso de pie y proclamó (gritó) en el templo que él era el que suministraba el agua (vv. 37-38) y la luz del mundo (8,12). Por esta razón, el narrador denomina a este día «el más importante». Jesús, el donador del agua que surtirá hasta la vida eterna (4,14) la perfección del Dios creador del sábado (5,19-30) y el don divino del pan del cielo (5,25-28), proclama: «Que venga a mí todo el que tenga sed y que beba todo el que crea en mí. Tal como dice la Escritura: “De su corazón brotarán ríos de agua viva”» (vv. 37b-38).

En el contexto de una fiesta judía caracterizada por las libaciones y la promesa de la llegada del Mesías que repetiría el don mosaico del agua, Jesús se presenta como la fuente del agua vida. Propone otra fuente de agua vida. Jesús es la fuente de agua viva para todo el que crea en él; él trasciende el ritual de la fiesta judía. Los únicos criterios para ser admitidos en esta donación refrescante de vida de Jesús son moverse en dirección a él (v. 37) y creer en él (v. 38a).

.- Jesús también anuncia que él cumple las Escrituras, prometiendo ríos de agua viva que brotaran de dentro de él mismo (v. 38b), apagando la sed de todos los que crean y vengan a él (vv. 37-38a). En Ez 47,1-11, las aguas cada vez más profundas brotan del templo (vv. 3-6) para dar vida a las regiones desérticas de la Arabá a través de Engadi y Engalín (vv. 8-11). Ez 47,9 promete: «Por dondequiera que pase el río todo vivirá». Puede haber también una referencia a Zac 14,8: «Aquel día manarán de Jerusalén aguas vivas, mitad hacia el mar oriental, mitad hacia el mar occidental; manarán tanto en verano como en invierno».

Jesús trasciende todos los intentos de comprenderle según las categorías de la expectación mesiánica judía. En Ez 47,1-11, las aguas vivificantes manaban del templo, el centro, el ombligo de Jerusalén y de toda la tierra. Jesús proclama que las aguas vivificadoras manan desde dentro de él. Juan utiliza la palabra «seno» como medio para transferir la profecía de la ciudad a una persona. La persona de Jesús constituye ahora el origen del agua vivificante. Él perfecciona el símbolo de la mediación definitiva del don divino del agua desde el pozo de la Ley prometido por las celebraciones acuáticas de la fiesta de los Tabernáculos.

Sin embargo, la proclamación de Jesús remite a un tiempo en el futuro: «De su seno brotarán ríos de agua viva» (v. 38b): la perfección de este don de Dios se encuentra en un momento futuro marcado por la glorificación de Jesús. El Espíritu no se ha dado todavía porque Jesús no ha sido aún glorificado (v. 39).

¿Cuándo ocurrirá esto? ¿Cuál es el vínculo entre la perfección del símbolo mesiánico del agua, el don del Espíritu, y la glorificación de Jesús? ¿Cuándo tendrá lugar esta glorificación? Las crecientes amenazas de violencia que rodean la presencia de Jesús en Jerusalén durante la fiesta de los Tabernáculos (cf. 7,19-20.23.25.30.32) y su anterior indicación a sus hermanos de que su «tiempo» llegaría en otra fiesta de «los judíos» (7,5-8), remiten a su muerte. Las palabras de Jesús y el comentario del narrador (vv. 37-39) han creado una nueva anticipación que busca su resolución. La perfección de la promesa mesiánica, el don del Espíritu, y la glorificación de Jesús están unidos a su muerte mediante la crucifixión.

.- Las palabras de Jesús se han oído (v. 40a). Su autorrevelación como la perfección del don mosaico del agua, sin embargo, conduce a una confesión: algunos creen que es «el profeta» (v. 40b) y otros piensan que «éste es el Cristo» (v. 41). Están siguiendo un camino que ya había transitado la samaritana (cf. 4,13-26). La autorrevelación de Jesús crea una situación en la que la gente y «los judíos» deben tomar una decisión: ¿Es o no el Mesías? El pueblo, que no está enterado del comentario del narrador en el v. 39, prosigue su discusión sobre la base de la esperanza judía del Mesías davídico. Algunos aceptan que Jesús es el Mesías por sus palabras

(cf. vv. 37-38), pero otros indican que Jesús viene de Galilea y que el Cristo no tenía que venir de allí (v. 41b). El Mesías vendría del linaje davídico e incluso las Escrituras indicaban su lugar de origen: Belén, la ciudad de David (v. 42). La ironía es más profunda, puesto que Jesús procede «de Dios», no «de Galilea». Hay una singularidad tal en la identidad y acción de Jesús que no puede resolverse mediante las categorías mesiánicas judías. Frente a esta singularidad, el pueblo sólo puede extraviarse. Se produce una división acerca de la identidad de Jesús (v. 43), pero algunos se unen a los jerosolimitanos (cf. v. 30) y a «los judíos» (cf. v. 32): quieren detener a Jesús (v. 44a), pero son incapaces de hacerlo. La razón para su intento frustrado se dio en el v. 30: aún no había llegado su hora.

- El trasfondo mesiánico de la celebración de los Tabernáculos ha estado fuertemente presente en los intentos de los jerosolimitanos y el pueblo por ubicar a Jesús dentro de sus categorías mesiánicas:

- el Mesías oculto (los jerosolimitanos: vv. 26-27)
- el Mesías hacedor de milagros (algunos: v. 31)
- el Mesías que da el agua viva (algunos: vv. 37-41a)
- el Mesías davídico (algunos: vv. 41b-42).

Estos intentos han conducido a la confusión y a las amenazas violentas entre la gente (vv. 43-44), pero los fariseos han tomado su decisión con respecto a Jesús (vv. 48-52). Ha transcurrido cierto tiempo desde que los guardias del templo fueron enviados para detener a Jesús (v. 32). Se les había enviado «aproximadamente a mediados de la fiesta» (v. 14) y regresan «el último día de la fiesta» (v. 42). Por tanto, han escuchado la autoproclamación de Jesús como el agua viva (vv. 37-38) y han prestado atención a las discusiones de la gente sobre su condición mesiánica (vv. 40-44). Retornan junto a sus dueños con las manos vacías, y les exigen que den una razón (v. 45).

- Los guardias reconocen la singularidad y autoridad de la palabra de Jesús en su respuesta: «Nadie jamás ha hablado como este hombre». Incapaz de ver más allá de «este hombre», no obstante, se han sentido impotentes ante su palabra y se les acusa de haberse extraviado. El relato comenzó con la intervención de algunas personas que sugerían que Jesús estaba extraviando al pueblo (v. 12), pero tenían miedo a hablar abiertamente sobre él por temor a «los judíos» (vv. 12-13). El último día de la fiesta, tras los debates sobre la condición mesiánica de Jesús, «los judíos» hacen claramente un desafío: «¿También vosotros os habéis dejado extraviar por él?» (v. 47). A Jesús se le acusa públicamente de ser un impostor cuya enseñanza es falsa. En sus acusaciones, los fariseos utilizan un vocabulario que se encuentra en el judaísmo rabínico para hablar de un falso Mesías. Afirman que ninguno de los dirigentes de los fariseos ha caído en las estrategias sutiles de las palabras de este hombre (v. 48). Las autoridades se excluyen de toda discusión sobre la identidad de Jesús como Mesías, considerando a quienes se han involucrado en ella unos malditos ignorantes de la Ley (v. 49).

- Nicodemo, «uno de ellos» (v. 50), suscita una pregunta sobre la interpretación de «nuestra Ley» (v. 51) y pone en cuestión la arrogante afirmación del v. 48. Los fariseos afirman que ninguno de ellos ha caído en el engaño de Jesús, pero aparece «uno de ellos» para defender a Jesús. Nicodemo no plantea la cuestión mesiánica, pero duda de la corrección del procedimiento utilizado contra Jesús (v. 51). Los guardias afirmaron que nadie había jamás hablado como lo hacía Jesús (v. 46), pero Nicodemo va aún más lejos al preguntar a los fariseos por qué condenan a Jesús sin escucharlo antes y saber lo que hace. Pero ningún precepto legal en el AT ni en el judaísmo rabínico exige que se escuche al acusado y que la acusación conozca lo que éste hace. Nicodemo enuncia así una nueva comprensión de la Ley: no puede

dictaminarse ningún juicio contra Jesús si su palabra no es escuchada antes con fe y se reconocen sus signos y obras por lo que realmente son, es decir, la acción de Dios en el Hijo. Nicodemo desafía a los fariseos al decirles que los únicos que pueden hacer un juicio justo de Jesús son quienes creen en él. Los fariseos y «los judíos» no han dialogado nunca con Jesús, salvo Nicodemo, uno de ellos, que se atrevió a ser desafiado, y desconcertado, por la palabra de Jesús (3,1-11). Por ello puede ahora abogar a favor de un nuevo modo de comprender el designio de Dios sobre el pueblo; este nuevo modo se encuentra en las palabras y acciones de Jesús (v. 51).

.- Los fariseos no están preparados para abandonar sus tradiciones y su sentido del control de lo justo (cf. vv. 47-49). Intentan escapar a las acusaciones de Nicodemo insultándole (v. 52), tal como hacían con los guardias del templo (v. 47) y la «gente que no conoce la Ley» (v. 49). Irónicamente, los fariseos están rechazando cumplir la voluntad de Dios (cf. v. 17) y han dejado de observar la Ley (cf. v. 19). Se unen al grupo de gente que rechazó la condición mesiánica a Jesús porque conocía sus orígenes (cf. vv. 27.41) e invocan el testimonio de las Escrituras según el cual ningún profeta podía venir de Galilea (v. 52).

Pero Jesús no venía de Galilea, y, por otra parte, hubo profetas que eran de Galilea, como, por ejemplo, Jonás, Oseas y Nahúm. Jesús no es solamente un profeta, y no procede «de Galilea», sino que viene «de Dios».